Un hogar sin paredes

Mariela llevaba varias horas deambulando por las calles sin rumbo fijo. Estaba sucia y desgreñada y su vestido de flores estaba hecho jirones. En su pecho agarraba con fuerza una muñeca de trapo a la que le hablaba como si fuera su única compañía.

—Sira, tenemos que encontrar algún sitio donde dormir hoy o no volverá coger la lluvia —le dijo a su muñeca con cariño.

—Sí, ya sé que no podemos fiarnos de nadie, pero estoy cansada y tengo hambre.

Siguió caminando y a lo lejos vio un parque, la tarde ya se había marchado sigilosa y las sombras vinieron a tragarse los últimos rayos de luz. Se introdujo entre unos árboles y le llegó, entre las hojas secas, el olor a sopa caliente.

—¡Hola, pequeña! ¿Quién eres? —le preguntó una mujer con una sonrisa triste.

—Hola, me he perdido —dijo Mariela asustada.

—No temas, acércate y siéntate con nosotros a cenar algo.

Del rostro de la mujer comenzaron a caer lágrimas, su hija pequeña había vuelto. Sintió una ternura profunda que deshizo el nudo que amarraba sus entrañas y aprisionaba su corazón.

Mariela se quedó dormida en el regazo de su madre y entre susurros le dijo a su muñeca Sira:

—Te dije que encontraríamos el refugio donde estaría mamá.

Su padre llegó con su hermano Pedro y ambos se arrodillaron para besarle la frente a la niña. Su mujer lo miró y en sus ojos solo había amor.

Juan Carlos Luzardo Morales